

de Luis XIV. El autor de este compendio es el presbítero Lequeux, editor de varios opúsculos de Bossuet.

«Vivid escondida,» dice Bossuet á madama de La Vallière, en su discurso sobre su profesión; «tomad un tan elevado vuelo que no halleis el reposo mas que en la esencia eterna.» «En fin, dejo el mundo,» escribe madama de La Vallière; «lo hago sin arrepentimiento pero no sin dolor. Creo, espero y amo.» ¿No habla aquí *Emilia*? Hermosa sociedad debía ser aquella en que este hermoso lenguaje era natural. En su carta del 7 de noviembre de 1675 al mariscal de Bellefonds, madama de La Vallière dice: «No puedo menos de comunicaros la alegría que he experimentado al ver al señor abad de la Trapa; siempre vivo en la confianza de la paz, y nuestro santo abad me ha exortado mucho á perseverar en ella. ¡Cuan feliz sois, señor mariscal, en hallaros en el estado en que quiere que os halleis!» Bellefonds, ayudado por Rancé y por el hástio de Luis, apoyaba la resolución de la fugitiva: el mundo veía á una de sus víctimas bajo el sayal, Rancé, estimular á cubrirse con el cilicio á otra de sus víctimas. Las Carmelitas estaban llenas de una poblacion de mujeres; allí se vivía en una atmósfera que había aspirado y espirado el pecho de hermosas y jóvenes compañeras. Madama de La Vallière no quería que la hablasen ni aun de su hijo; imaginábase que ningun otro hombre mas que el rey podía estar presente en su pensamiento; vivía á solas, bajo el velo, con Dios y Luis.

Tal era la aventura colocada en el camino de *La Maison-Dieu*. Todos los recuerdos venían de dentro y de fuera á sepultarse en aquellas soledades; cada penitente llevaba consigo sus culpas. Los arrepentidos se paseaban por caminos apartados; se volvían á encontrar para no volver á hallarse jamás. Las almas que llevaban recuerdos, desaparecían como los vapores que he visto en mi infancia en las costas de la Bretaña; nieblas, según se decía, producidas por los lejanos volcanes de la Sicilia. En todos los caminos de la Trapa se encontraban fugitivos del mundo; Rancé, por su cuenta y riesgo, iba á recogerlos, y traía en la falda de su hábito cenizas ardientes, que sembraba en eriales, para abonar los desiertos con reliquias de pasiones. En el día ya no se ven deslizar por las sombras aquellas blancas cacerías, cuyas bocinas creían oír Carlos V y Catalina de Médicis entre las ruinas del palacio de Lusignan, mientras que alguna hechicera volando lanzaba su grito.

Al bajar de las enhiestas alturas donde iba yo buscando los lares de Rancé, se ofrecían á la vista campanarios de paja contorneados por el humo; nubecillas muy bajas se alzaban de lo mas hondo de los valles. Al acercarme, aquellas nubecillas se convertían en personas vestidas de lana burda; distinguía algunos segadores:—Madama de La Vallière no se hallaba entre las yerbas segadas.

Rancé se había resuelto á no componer ninguna obra que recordase su existencia. A sesenta años, vencido por sus achaques, no estaba tentado de volver á las ilusiones de su juventud, á pesar de los estímulos que hallaba en las canas de su amigo Bossuet. Como muchas veces leía conferencias á sus hermanos, quedábale un gran número de discursos y al cabo se dejó vencer por las súplicas de un religioso enfermo que le conjuraba que los reuniese; así se halló formando poco á poco el tratado que intituló: *De la santidad y de los deberes de la vida monástica*. Sacáronse en el convento muchas copias de este tratado; una de ellas cayó en manos de Bossuet:—Bossuet, asombrado, se apresuró á escribir á Rancé que exigía que se publicase su obra, y que él se encargaba de hacerla imprimir. Fray Rigoberto y el abad de Chatillon unieron sus solicitudes á las del grande obispo. Rancé había tirado la obra á la lumbre, de donde se logró sacar algunos cuadernos medio chamuscados. Por

efecto de una de aquellas flaquezas comunes en los autores, Rancé había recogido los despojos del incendio y los había retocado; una de las copias *post flamas* era la que había llegado á manos de Bossuet. «¿Cómo señor ilustrísimo, le escribía Rancé, quereis que me eche encima todas las órdenes religiosas?» —«Excusais enfadaros, respondió Bossuet; no seréis dueño de vuestro manuscrito, y en él pensareis delante de Dios.» Insistió el abad de la Trapa, y Bossuet le contestó: «Responderé por vos; tomaré vuestra defensa; no tengais cuidado.»

En efecto, se ve al frente de las *ilustraciones* sobre el libro *De los deberes de la vida monástica* esta aprobacion de Bossuet: «Después de haber leído y examinado las *ilustraciones*, las hemos aprobado con tanta mas satisfaccion, cuanto esperamos que todos los que las lean quedaran convencidos de la santa y saludable doctrina del libro *De la santidad y de los deberes de la vida monástica*. En Meaux, el 10.º día de mayo de 1685.»

¿Qué obra era esta que había cobijado con sus alas el águila de Meaux? En vano Rancé no quería convenir en que le había quedado su juventud; se decía y se creía viejo, y la vida estaba rebosando en él. Sin embargo, sucedió lo que había previsto: á los dos ó tres años de la publicacion del libro se suscitó una larga contienda. La gravedad de aquellas controversias en nada se asemeja á las reyertas literarias del día; esta parte de aquellos tiempos pasados es curiosa y digna de ser conocida. Bossuet no se engañó, ni en punto al fondo, ni en punto al estilo de la obra. Veamos el análisis *De la santidad de los deberes de la vida monástica*; dejó hablar á Rancé:

«Las reglas de las observancias religiosas no deben considerarse como invenciones humanas. San Lucas ha dicho: Vended lo que teneis y dádselo á los pobres; hecho esto, venid y seguidme. Si alguno viene á mí y no aborrece á su padre y á su madre, y á su mujer y á sus hijos, y á sus hermanos y á sus hermanas, y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo.»

«Juan Bautista pasó en el desierto una vida de desprendimiento, de pobreza, de penitencia y de perfeccion, cuya santidad se transmitió á los solitarios, sus sucesores y discípulos.»

«San Pablo el anacoreta y San Antonio buscaron los primeros á Jesucristo en los desiertos de la baja Tebaida; San Pacomio apareció en la alta Tebaida, y recibió de Dios la regla, por la cual debía conducir á sus numerosos discípulos. San Macario se retiró al desierto de Sethé; San Antonio al de Nitry; San Serapio á las soledades de Arsinoe y de Memfis; San Hilarion á la Palestina, fuentes abundantes de innumerable multitud de anacoretas y de cenobitas, que llenaron el Africa, el Asia y todas las partes del Occidente.»

«La Iglesia, como una madre demasiado fecunda, empezó á debilitarse con el gran número de sus hijos. «Habiendo cesado las persecuciones, el fervor y la fe disminuyeron en el reposo; sin embargo, Dios, queriendo perpetuar su Iglesia, conservó algunas personas que se separaron de sus bienes y de sus familias, por medio de una muerte voluntaria, que no era ni menos real, ni menos santa, ni menos milagrosa que la de los primeros mártires. De aquí, nacieron las diferentes órdenes monásticas, bajo la direccion de san Bernardo y de san Benito. Los religiosos eran ángeles que protegían á los Estados y á los imperios con las oraciones; pilares que sostenían la bóveda de la Iglesia; penitentes que aplacaban con torrentes de lágrimas la cólera de Dios, fúlgidas estrellas que llenaban de luz el mundo. Los conventos y los peñascos eran su morada; se encerraban en las montañas como entre murallas inaccesibles; convertían en templos todos los sitios donde se encontra-

ban; descansaban en la cima de las colinas, como palomas; se sostenían como águilas, en la cumbre de los riscos; su muerte no era menos feliz, ni menos admirable que su vida, en sentir de san Efreem. No se tomaban el menor cuidado de labrarse sepulturas; estaban crucificados para el mundo; muchos, como clavados en la punta de las rocas escarpadas, entregaron voluntariamente sus almas en manos de Dios: hubo algunos que, paseándose con su sencillez ordinaria, han muerto en las montañas que les servían de sepulcro. Algunos, sabiendo que era llegado el momento de su libertad, se ponían con sus propias manos en la tumba: los ha habido que, cantando las alabanzas de Dios, han espirado en el esfuerzo de su voz, habiendo terminado su oracion y cerrado su boca solo en el postrer trance. Esperan á que la voz del arcángel los despierte de su sueño; entonces floreceran de nuevo como los lirios, ostentando una blancura, un brillo y una hermosura infinita.»

Después de esta descripcion admirable para hacerles amar la muerte, añade Rancé: «No dudo, hermanos míos, que os llevan vuestros pensamientos hácia el desierto; pero es preciso moderar vuestro celo. Ya han pasado los tiempos: las puertas de las soledades estan cerradas; la Tebaida no está ya abierta.»

Verdad era; pero las órdenes religiosas habían reconstruido en sus conventos la Tebaida; habían representado en sus claustros las palmeras de los arenales: los monasterios eran unos planteles de fecundidad donde se criaban las plantas divinas, donde tomaban su incremento antes de ser trasplantadas. Así, cuando se bajaba de la montaña y se estaba próximo á entrar en Claraval, se reconocía á Dios por donde quiera: en mitad del día se hallaba un silencio semejante al de la mitad de la noche; el único rumor que allí se oía era el sonido de las diferentes obras manuales, ó el de la voz de los hermanos cuando cantaban las alabanzas del Señor. La sola fama de aquel profundo silencio imprimía una reverencia tal, que los seglares temían decir una palabra. Una selva rodeaba al monasterio: las viandas de que se alimentaban los monges no tenían mas sabor que el que les daba el hambre.»

Rancé pasa á la explicacion de los tres votos de la vida monástica, castidad, pobreza y obediencia. Dice, que en el pensamiento de san Agustín, una virgen casta consagrada á Dios, tiene todo lo que puede servirle de ornato; sin lo cual la virginidad le hubiera sido vergonzosa, porque ¿de qué le serviría tener la integridad del cuerpo no teniendo la del alma? El reformador insiste, sin tomarse cuidado de sus recuerdos. ¿Qué ventaja sacaría un religioso de haber abandonado los bienes de la fortuna si conservase otros afectos y otros lazos? Nuestro corazon se halla donde está nuestro tesoro; estamos ligados por los objetos que amamos, y sin embargo, hermanos míos, dice Rancé, si el religioso no se priva de los falsos placeres, se reserva los verdaderos tédios que los acompañan; toda su carrera no será mas que una continuidad de caídas y recaídas. «Por lo que hace á vosotros,» dice el reformador en un lenguaje admirable, «por lo que hace á vosotros, hermanos míos, Dios os ha removido todos esos obstáculos, y os ha preservado de esas especies de tentaciones, retirándoos á la soledad. Sois, con respecto al mundo, como si no existiera; está borrado en vuestra memoria, como lo estais en

la suya; ignorais todo lo que pasa en él; sus sucesos y sus revoluciones mas importantes no llegan hasta vosotros; jamás pensais en él si no cuando os lamentais de sus miserias delante de Dios; y hasta los nombres de los que gobiernan os serian desconocidos, si no los aprendierais por medio de las oraciones que dirigís á Dios por la conservacion de sus personas. En fin, habeis renunciado, abandonándolo, á sus placeres, á sus intereses, á sus bienes, á sus vanidades, y habeis puesto de repente bajo vuestros piés, lo que los que le aman y le sirven han colocado en el fondo de su corazon.»

Tal es este tratado *De la santidad y de los deberes de la vida monástica*, en el que cree uno oír los llenos y magestuosos sonidos del órgano: leyéndolo cree uno pasearse por una basilica, cuyas pintadas vidrieras centellean con los rayos del sol. ¡Qué tesoro de imaginacion en un tratado que parecia prestar tan poco campo para ella! El trabajo de Rancé enseñará á los que no le conocian que hay en nuestra lengua una magnífica obra mas.

Al principio siguió á la publicacion de este libro un largo silencio, tanto de admiracion como de asombro: no se necesitaron menos de dos años para que los amores propios y las pasiones se repudiesen del choque que habían recibido con ella, pero al fin se reanimaron y se entabló la lucha, que empezó en Holanda, donde la literatura francesa tenía su eco; eco protestante que repetía mal el sonido, y no le repetía sino áspera y secamente.

El verdadero motivo de la conversion del abad de la Trapa, por Laroque, que ya he citado, es una respuesta á los *Deberes de la vida monástica*. Está en forma de diálogo, según el gusto de la época: Timócrates y Filandro hablan del libro de Rancé. Timócrates es un buen hombre que, de cuando en cuando, tiene mucha gana de admirar el libro de los *Deberes*; pero Filandro lo morigera, afirmándole que la obra del solitario de la Trapa no vale un ardite. A cada exclamacion de Timócrates, Filandro exclama: «¡Ah! pues no lo sabia. Mucho celebraré que examineis lo que dice sobre ese punto, y me hareis un favor en señalarme el pasaje.» Los dos interlocutores se van á comer, se citan para el día siguiente en el jardín de las Tullerías, y continúa la conversacion. Timócrates acusa á Rancé de desdeñar la Escritura, de querer echarla de sabio á cada momento, de citar á Aristófanos en griego. «Desearia saber,» prosigue Timócrates, «cuándo lo habrá leído, si cuando era jóven, si antes de haber dejado el mundo, ó despues. Duro me hace creer que se acuerde tan perfectamente de una lectura hecha há mas de treinta años, por lo cual creo que lo mas probable es que en su retiro se habrá entretenido con ese poeta cómico.»

Reparillo de mala fe, pero gracioso. El P. Mege impugnó seriamente el primero la obra de Rancé en su *Comentario sobre la regla de san Benito*. El libro *De la santidad y de los deberes de la vida monástica* había tenido ya tres ediciones, cuando, por fin, en la sombra de los claustros, se oyó un rumor de papel y de polvo:—era Mabilion que se levantaba. No había eucanecido bajo sus volúmenes en folio, no miraba en derredor de sí los pergaminos mohosos de los primeros días de la monarquía, para oírse decir que había perdido su alma y su tiempo en el estudio de las cosas pasadas: el compilador de las *Vetera analecta* se creyó obligado á sostener la causa de los eruditos, de quienes era honra y gloria. Los dos sabios campeones que salieron á la palestra, estaban bien armados de griego y de latin. «Cuando pretendemos luchar contra esos sabios, manifestamos lo que nos falta en esta monarquía DOCTA Y CONQUISTADORA,» dice Bossuet. El P. Mabilion procede metódicamente; no deja cosa alguna detrás de sí; experto investigador, todo lo registra; no da un paso sin forzar á todo un

siglo á levantarse. Intimo confidente de las crónicas, dice, como el P. La Cordaire: «El tiempo llevará la pluma despues de mí.»

Se dirige á los jóvenes religiosos benedictinos de la congregación de *san Mauro*:

«A vosotros, carísimos hermanos míos,» les dice, «es á quienes me reconozco obligado á ofrecer esta obra, pues que para vosotros particularmente la he emprendido y compuesto. Ruégoos que considereis bien que no pretendo hacer aquí de nuestros monasterios puras academias de ciencia; si el grande apóstol se gloria de no tener otra mas que la de Jesucristo crucificado, tampoco nosotros debemos tener otro objeto en nuestros estudios: es verdad, y san Pablo lo ha dicho, que la ciencia sin la caridad envanece, pero es seguro tambien que, con el auxilio de la gracia, nada es mas á propósito para conducirnos á la humildad, porque nada nos hace conocer mejor nuestra vanidad, nuestra corrupcion y nuestras miserias.»

El ilustre sabio se ponía á cubierto de las reconvenções de Rancé con esta ingeniosa interpretacion del estudio. Hasta en el modo como imprime su tratado, parece que reproduce en letras mayúsculas algo del carácter monumental de las inscripciones. Aparta para los teólogos escolásticos las cuestiones de la facultad *obediencial* y del modo como obra sobre los condenados el fuego material, y en seguida entra en materia: «Lo que al principio me hizo titubear,» dice en su prefacio, «acerca de la composicion de mi obra, es que el gran siervo de Dios que hace hoy tanto honor al estado monástico, se ha explicado de un modo tan noble y elevado sobre este asunto, que no es fácil hacerlo con acierto despues de él. Podría-se sin embargo convenir con él en que si todos los solitarios fueran como los suyos y hubiera seguridad de tener siempre superiores tan ilustrados como él, no sería muy necesario que aquellos se dedicasen á los estudios, pues que en este caso su superior supliría para ellos la falta de libros; pero es difícil, por no decir imposible, que todas las comunidades consigan este beneficio.»

Despues de esta santa cortesía continúa Mabillon: la razon y el saber le llamaban á triunfar. Asegura que los frailes estan obligados á estudiar, que los grandes hombres que han florecido entre los frailes son una prueba de que se cultivaban las letras entre ellos, y que las bibliotecas de los monasterios son otra prueba de los estudios que en ellos se hacian. Habla de la institucion de la abadía del Bec y de los Cartujos: manifiesta que los monasterios del Oriente se ocupaban tambien en el estudio de las letras, testigos san Basilio, san Crisóstomo, san Jerónimo, Rufino, Casiano y su compañero German. Recuerda el monasterio de Lerins en el Occidente, la abadía del Monte Casino el monasterio de san Columbano, las escuelas anejas á las catedrales y á los monasterios, los sabios que salieron de aquellas escuelas, el famoso Gerbert, Lupo de Ferrieres, Lanfranco, Anselmo; manifiesta que los frailes, ocupados en transcribir las obras de los antiguos, son los que nos las han conservado; que los concilios y los papas, lejos de prohibir los estudios á los frailes, los han, obligado por el contrario á estos estudios: para la conviccion de la Francia, basta la autoridad de Carlomagno y de san Luis.

La erudicion siempre segura rebosa en el *Tratado de los estudios monásticos*, donde el autor descendiendo á los mas pequeños preceptos; enseña á desansar la voz á tiempo en las lecturas; y recomienda ante todo la brevedad, aunque él por su parte es un poco difuso: un lacónico *Hic jacet Sugerius abbas* vale mas, dice, que una verbosa inscripcion.

«Los que cotejan los manuscritos con un impreso,» añade el erudito, «deben, para la facilidad de los que se sirvan de ellos, señalar la página y el número de

la línea del impreso, donde cae la correccion ó la diversa leccion; y á fin de que no esten obligados á contar á cada vez las líneas, podran hacer una escala de carton ó de papel, sobre la cual señalaran el número de las líneas en la misma distancia á que estan en el impreso.»

¡Maravilloso siglo aquel en que Mabillon, olvidando su argumento, se convierte en un simple pedagogo, y en que Bossuet, convertido en cura párroco, explica el catecismo á los niños de su diócesis!

No hay elocuencia en ese *Tratado de los estudios monásticos* opuesto al parecer de Rancé, pero se advierte una razon superior, una tierna mansedumbre, un no sé qué que va al corazon: «Escribamos pues,» dice al concluir, «y compongamos cuanto queramos y trabajemos para los demás. Si no estamos penetrados de estos sentimientos, trabajaremos en vano, y no sacaremos de nuestro trabajo mas que una funesta condenacion. Todo pasa, excepto la caridad: *Quotidie morimur, quotidie commutatur, et tamen æternos nos esse credimus.*»

Rancé se exaltó al verse atacado por Mabillon; su respuesta es tan erudita como la del benedictino, pero es sofística. Si el superior de la Trapa no tiene razon, se sostiene á favor de una elocuencia que saca de su pasion por los padecimientos. Rancé dirige su respuesta á sus hermanos trapenses, como Mabillon predicó su obra á sus jóvenes compañeros.

«Como Dios me ha encargado, hermanos míos,» les dice, «velar constantemente en la custodia de vuestras almas, me reconozco obligado á deciros que se ha publicado recientemente un libro que ataca una verdad que hemos enseñado como una de las mas importantes y necesarias para conservar la regularidad en los claustros. El intento del autor es probar que el estudio de las ciencias es necesario al estado monástico: os confieso que lo que mas me aflige en la obligacion en que estoy de explicaros mis pensamientos sobre este asunto, á fin de preservaros de una opinion que me ha parecido tan peligrosa, es que estimo y considero al que ha compuesto esa obra; y que su virtud, no menos que su doctrina, le recomiendan particularmente.»

¡Qué diferencia entre aquel público competente y escogido, y el público á quien al presente nos dirigimos!

Rancé considera una á una las proposiciones de Mabillon y las va sucesivamente refutando con ejemplos. Como por necesidad hay partes flacas en una grande obra, el abad las ataca hábilmente: «Alaban, hermanos míos,» dice, «alaban á Marcos, discípulo, á lo que aseguran, de san Benito, porque hacia buenos versos. ¡Qué alabanza para un monje! Estoy seguro de que san Benito no le legó esa ciencia en su testamento, y de que no se la enseñó con su ejemplo. ¡Qué aprenda para un solitario la de ser poeta!

»Lupo, abad de Ferrieres, hace mal en rogar á Benedicto III que le envíe el libro del Orador de Ciceron, los doce libros de Quintiliano y el comentario de Donato sobre Terencio: ¿no hubiera hecho mejor en gemir allá en el fondo de su claustro sobre sus propios pecados como sobre los del mundo, y en sostener á sus hermanos que, en aquel siglo de hierro, tenían necesidad de ser socorridos y consolados?»

Rancé se precipita entre los monges sabios para romper el orden de sus filas, sin advertir que los hace amables; se rie de Hubaldo, autor de ciento treinta versos en loor de los calvos. Rancé tenía razon; pero ¿qué prueba esto sino que Rancé conservaba un resto de ironía mundana?

No se dió por vencido Mabillon, y replicando en sus *Reflexiones*, reunió en ellas nuevos datos en favor de los estudios monásticos. Ests obras de Mabillon no estan escritas con fuego; una sensata atencion, llena de moderacion y mesura, una tierna pie-

dad, una sabiduría humilde y modesta, una santa urbanidad, reinan en todas ellas. Con estas patéticas palabras concluye:

«He procurado observar todas las reglas de la moderacion; pero no me atreveré á lisonjearme de que no se me haya escapado cosa alguna contraria á ellas,» de no haber hecho obrando de esta manera traicion á mis mas puras y rectas intenciones. ¡Ojalá pudierais ver mi corazon reverendo padre mio (el abad de la Trapa)! porque permitidme que os dirija estas palabras al fin de esta obra para que asi conozcais por ellas la disposicion en que me hallo, con respecto á vuestra persona, como con respecto á vuestra casa. Muy distante estoy de desaprobare la conducta que en ella observais con vuestros religiosos relativamente á los estudios; pero si los creéis bastante fuertes para no necesitar de ellos, no quiteis á los demás un sosten de que tienen necesidad.

«Si considerais oportuno replicar á estas reflexiones ruégoos que veais mi pensamiento como yo he procurado ver el vuestro; pero por Dios, no salgamos de este terreno en los términos de nuestra contestacion. Espero que Dios me hará la merced de no entrar nunca en estas especies de pormenores; sean cuales fueren las cosas que me digan y que yo pueda llegar á saber, jamás haré de ellas otro uso que el de sacrificarlas á la paz y á la caridad cristiana. Escribid, pues, si quereis, contra el abuso que puede hacerse del estudio y del saber, pero tratad bien al mismo tiempo á ambos, porque son buenos en sí mismos, y de ellos puede hacerse muy buen uso en las comunidades religiosas. La caridad es la que uniendo los trabajos de los unos con el estudio de los otros, por medio de la intimidad de sus corazones, hace que los que estudian participen del mérito del trabajo de sus hermanos, y que los que trabajan se aprovechen de las luces de los que estudian. Deseo con todo mi corazon que este sea, para unos y otros, nuestro comun patrimonio; felices si tal pudiera ser el fruto de nuestras contiendas, y si discordes en punto á ciencia, perseverasen al menos reunidos en el espíritu de caridad. Perdonadme, reverendo padre, porque es preciso acabar con las palabras del santo doctor; perdonadme si he hablado con alguna especie de libertad, y estad persuadido de que no lo he hecho con el menor intento de ofenderos; *non ad contumeliam tuam, sed ad defensionem meam*. Sin embargo, si aun en esto me he engañado, tambien os suplico que me lo perdoneis.»

No es esta una de aquellas ostentosas modestias que se glorifican. Mabillon hablaba con todo su corazon; ningun oculto amor propio corrompia la sinceridad de sus declaraciones: tales son los frutos de la religion. ¡Qué diferencia entre esta mansedumbre y aquella amargura del saber, que se advierte en las reyertas de Milton y de Saumaise y en los juicios de Escaligero!

Los hechos confirmaron las pruebas; y en efecto, vemos á Mabillon en la Trapa seguido y acompañado con respeto por Rancé. El 4 de junio de 1693, Rancé escribió al presbítero Nicaise: «El P. Mabillon vino aquí hace siete ú ocho dias solamente. La entrevista ha sido cual debia; difícil es hallar juntamente mas humildad y mas erudicion que en este buen padre.»

Bossuet, con su gran juicio, ilustró el punto de la dificultad, distinguiendo el estado de solitario del de cenobita.

No acabó aquí la disputa; los frailes sabios habian tomado las armas. El P. Claudio du Vert, bajo el nombre de Fray Columbart, se lanzó á la lid: el infatigable Rancé respondió como siempre. Salieron ademas cuatro cartas del P. Sainte Marthe, y á ellas respondió Rancé en una carta muy breve dirigida á Santeuil, juez colocado con sus excelentes poesías latinas en la frontera de los dos Parnasos.

Por lo demás, la aversion á las letras que experi-

mentaba Rancé se ha hallado en muchos hombres y aun en hombres de su tiempo, que habian aprendido á despreciar lo que en su principio solicitaron. Boileau escribia á Brienne: «No cristiana, sino muy filosóficamente discurrendo me parecen los versos una locura. En vano vuestro pastor con sotana, quiero decir, M. de Maueroix, lamenta la pérdida del *Facistol*; si algun motivo me hace rasgarle algun dia, no será la devocion, sino el poco aprecio que hago de él, igualmente que de todas mis obras. Acaso me direis que hoy me hallo en un grande acceso de humildad: nada de eso: nunca tuve mas orgullo, porque si hago poco caso de mis obras todavia hago menos de las de nuestros poetas del dia, de las que no puedo leer ni oír una sola, aunque sea en mi elogio.»

¿Qué diria, pues, el crítico ahora que no hay uno de nosotros, grande ó pequeño, que no se crea seguro de llegar á los astros? Por mi parte, por muy prendado que esté de mi pobre persona, sé muy bien que no pasaré mas allá de mi vida. En algunas islas de la Noruega se desentierran urnas en que se ven grabados caracteres indescifrables. ¿A quién pertenecen aquellas cenizas? No lo saben los vientos.

Mabilon nació el 23 de noviembre de 1632, en Saint-Pierre Mont, aldea de la diócesis de Reims, y murió siete años despues que Rancé, el 27 de diciembre de 1707. A la noticia de aquella muerte, dijo Clemente XI «que Mabillon debia ser enterrado en un lugar distinguido, porque sin duda preguntaria la posteridad dónde se habian depositado sus restos: *¿Ubi posuistis eum?*»

Despues de haber sido conservados en el Museo de los Monumentos franceses, se trasladaron los despojos mortales del sabio, en febrero de 1819, á la abadía de San German de los Prados. Nuestro comun maestro, Mr. Agustin Thierry, ha escrito estas palabras sobre el primer monumento de nuestra monarquía: descubramonos con respeto para entrar en la fúnebre bóveda: «Esta iglesia fue la sepultura de los príncipes merovingios: su pavimento subsiste; y en el recinto del edificio, reconstruido muchas veces, se conserva todavia el polvo de los hijos del conquistador de la Galia. Si algo valen estas relaciones, aumentaran el respeto de nuestra edad á la antigua abadía real, ahora simple parroquia de París, y acaso añadirán una emocion mas á los pensamientos que inspira esta casa de oraciones, consagrada hace mil trescientos años.» En agosto de 1685 se revocó el edicto de Nantes: los ciento cincuenta y ocho artículos habian sido sucesivamente cancelados por leyes. Con este motivo escribia el abad de Rancé: «Es un prodigio lo que ha hecho el rey contra la extirpacion de las herejías; necesitábase para esto un poder y un celo no menores que los suyos. El templo de Charenton destruido, y ningun ejercicio de religion en el reino, es una especie de milagro que no hubiéramos creído ver en nuestros dias.»

Los tiempos transforman á los hombres. La filosofía ha vituperado la revocacion del edicto de Nantes, ensalzada por el siglo XVI. Este edicto establecia la unidad en el Estado: acaso no hallaría hoy Rancé la misma contradiccion á sus doctrinas cuando dice: «Hemos tenido los nuevos regocijos de la derrota de los enemigos del rey (los ingleses). No sé por qué toda la cristiandad no se une para completar la obra, que sería la total destruccion de ese Estado de Satanás.»

Con no menos vivacidad escribia Rancé al presbítero Nicaise: «Lo que me habeis dicho de la molestia de escribir á Londres, es tiempo perdido; hay un artículo sobre el cual los herejes son incorregibles, y es el de la penitencia: no admiten mas que la que se halla en el matrimonio, en lo cual no andarian tan errados, si el espíritu de penitencia fuese el que los hiciese casarse con una mujer y aceptar su mal humor y los inconvenientes anejos á este estado. No

discurso la Trapa comparable con tal situación, y esta «en que vivimos me parece un lecho de rosas con respecto á lo que sabemos que sucede á los mal casados.»

Las aves han vuelto, los estanques se han secado, los nuevos cenobitas que se hallan en la Trapa son perfectamente conformes á los que habitaban este desierto en el siglo XI. Parecen una colonia olvidada de la edad media, cualquiera diría que representan una escena de otros tiempos, si al acercarse á ellos no se echase de ver que son actores reales, que una orden de Dios ha trasmitido del siglo XI á nuestra escena: no tienen relacion con los tiempos modernos mas que por medio del trabajo.

No se sabe si Rancé siguió una correspondencia epistolar con la abadesa de Clairets, como la siguió con Luisa Reger de La Mardelliere, madre del conde de Charny: acaso á fuerza de indagaciones podrian

hallarse algunas de las cartas que escribía Rancé en su juventud á madama de Montbazon, pero ya no tengo tiempo para ocuparme en esos errores. Para informarme de las primaveras de otras vidas, necesitaría hallarme en la de la mia: jóvenes vendran que tendran solaz y humor para buscar lo que yo indico. El tiempo ha tomado mis manos en las suyas: nada se coge en dias de invierno.

En la *Menagiana* se encuentra lo que pensaba Menage de Rancé: «Nunca leo,» dice, «las obras del abad de la Trapa sin admiracion; es el hombre que mejor escribe en todo el reino; su estilo es noble, sublime, inimitable; su erudicion profunda en materia de regularidad, sus investigaciones curiosas, su ingenio superior, su vida irreprochable, su reforma una obra de la mano del Altísimo.»

Una carta de madama de Maintenon, de 29 de ju-



LA ABADESA DE CLAIRETS RECIBE DE RODILLAS Á RANCÉ.

nio de 1698, nos da noticia de un viaje de su hermano á la Trapa, y añade: «Envidio la dicha que ha tenido mi hermano de ver lo mas edificante que hay en la Iglesia, y de haber oido á aquel de quien se ha valido Dios para establecer á todos esos santos, que parece que ya no son de la tierra.»

De suerte que todo se ocupaba de Rancé; todo, desde el genio hasta la grandeza, desde Leibnitz hasta madama de Maintenon.

El estilo de Rancé nunca es juvenil; su juventud se agostó con madama de Montbazon. En las obras de Rancé falta á las flores el soplo de la primavera; pero en cambio ¡qué tardes de otoño! ¡Cuán bellos son esos recuerdos de los últimos dias del año!

Rancé escribió mucho; lo que domina en él es un vehemente odio á la vida; lo inexplicable, lo que seria horrible si no fuera digno de admiracion, es la impenetrable barrera que ha colocado entre él y sus lectores. Jamás una confesion; nunca habla de lo que ha hecho ni de sus errores, ni de su arrepentimiento. Llega, de-

lante del público, sin dignarse decirle quién es; la criatura no merece la pena de que se explique delante de ella; encierra en sí mismo su historia, que le cae sobre el corazon: enseña á los hombres á observar una brutalidad de conducta con los hombres, á no tener ninguna compasion de sus males. No os quejeis; habeis nacido para las cruces, á ellas estais clavados, no bajareis de ellas; id á la muerte; procurad solamente que vuestra paciencia os haga hallar alguna merced á los ojos del Eterno. Nada mas triste que esta doctrina, mezcla de estoicismo y de fatalismo, que solo enternecen algunos acentos de misericordia que se exhalan de la religion cristiana. Penetrándose de ella, se comprende cómo Rancé vió morir á tantos hermanos suyos sin conmoverse; y cómo consideró el menor alivio ofrecido á los padecimientos como una insigne flaqueza, y casi como un crimen. Un obispo habia escrito á Rancé acerca de una abadesa que necesitaba ir á los baños, y el abad le responde:

«Lo mejor que podemos hacer cuando vemos morir

á los otros, es persuadirnos de que han dado un paso que nosotros habremos de dar dentro de poco, y que han abierto una puerta que no han vuelto á cerrar. Los hombres salen de la mano de Dios, que se los confia al mundo por pocos momentos; cuando se han cumplido estos momentos, el mundo no tiene ya derecho para retenerlos, y es preciso que los devuel-

va. La muerte va avanzando, y á cada instante de la vida tocamos á la eternidad. Vivimos para morir; el intento de Dios, cuando nos da el goce de la luz, es privarnos de él. No morimos mas que una vez, no preparamos con una segunda vida los errores de la primera; lo que somos en el instante de la muerte, lo somos para siempre.»



PRESENTARON UN CRUCIFIXO AL MORIBUNDO.

Aquella lengua del siglo XVII ponía á disposicion del escritor, sin esfuerzo ni afectacion, la exactitud y la claridad, dejándole la libertad del giro y el carácter peculiar de su ingenio.

En la vigésimanona instruccion de Rancé se halla impresa esta descripcion del silencio:

«La soledad es poco útil sin el silencio, porque no nos separamos de los hombres mas que para hablar con Dios, interrumpiendo todo comercio con las criaturas,

«El silencio es la plática con la divinidad, el lenguaje de los ángeles, la elocuencia del cielo, el arte de persuadir á Dios, el ornamento de las soledades sagradas, el sueño de los justos que velan, el mas sólido sustento de la Providencia, el cauce de las virtudes; en una palabra, la paz y la gracia se hallan en la morada de un silencio bien regido.»

Rancé seria un hombre á quien se debería expulsar de la especie humana, si no se hubiera impuesto, y aun hubiera superado los rigores que imponía á los